



Signo levitante

Acrílico sobre tela

2.00 x 1.70 m.

1977

Colección Museo de Arte Moderno

T E O L O G Í A

- Panel de profesores, Universidad de La Sabana (17-V-01): De la *Dominus Iesus* a la *Novo Millenio Ineunte*.

PANEL DE PROFESORES, UNIVERSIDAD DE LA SABANA (17-V-01): DE LA *DOMINUS IESUS* A LA *NOVO MILLENIO INEUNTE*

Catalina Bermúdez Merizalde

Summary: Christian Faith comes to the world, not as an idea, a formula or a dogma. First of all it deals with the close study of a person, who is Jesus Christ, the Son of God and man's redeemer. The whole story of salvation which we know through the Holy Writings and the living tradition of the Church, show that Christianity is the religion which has come into the human history, turning it into a story about God's love to men. The *Dominus Iesus* Declaration published at the end of the previous year, deals with that matter, fully current, of the religious pluralism, and emphasizes Christ's centrality and universality as Saviour of the humanity, and Christianity as a unique religion, universal and definite.

On the other hand, the *Novo Millennio Ineunte* Letter, which was used by the Pontifex Maximus to close the jubilee and bimillennial year of Christ's birthday provides reflection, also in Christologic code, in which it states with renewed vigor the Church's evangelistic task to face the recently begun new millennium.

Key words: Religious pluralism, Universality, Salvation, Religions, Christ, God and Man.

Résumé: La foi chrétienne se présente au monde, non pas comme une idée, une formule ou un dogme. Il s'agit avant tout de suivre une personne, Jésus Christ, Fils de Dieu et Rédempteur de l'homme. Toute l'histoire du salut, que nous connaissons grâce aux Saintes Ecritures et à la tradition relayée par l'Eglise, fait apparaître que le christianisme est la religion qui est entrée dans l'histoire de l'homme, transformant cette dernière en une histoire de l'amour de Dieu pour les hommes. La Déclaration *Dominus Iesus* publiée à la fin de l'année passée, aborde la question, on ne peut plus actuelle, du pluralisme religieux et souligne le caractère central et universel du Christ comme sauveur de l'humanité et du christianisme comme religion unique, universelle et définitive.

Pour sa part, la Charte *Novo millennio ineunte*, par laquelle le Souverain Pontife a clôturé le jubilé et le bimillénaire de la naissance du Christ, constitue une réflexion, également dans le domaine christologique, en soulevant de la question de la tâche évangélisatrice de l'Eglise à l'aube du nouveau millénaire.

Mots clés: Pluralisme religieux, universalité, salut, religions, Christ, Dieu, homme.

Se podría afirmar, sin temor a equivocarse, que el gran hilo conductor del magisterio pontificio de Juan Pablo II no es una idea ni una fórmula ni un dogma. Es una Persona: *Jesucristo Hijo de Dios y Redentor del hombre*. El gran programa propuesto por el Pontífice para el hombre de hoy es *el encuentro con la Persona misma del Hijo de Dios*.

El recién transcurrido año Jubilar lo puso especialmente de manifiesto, con la celebración bimilenaria de la Encarnación de Jesucristo. La coincidencia de este jubileo con el inicio de un nuevo milenio ha favorecido y ha hecho más viva la percepción de la gran novedad que encierra el misterio de Cristo en el gran horizonte de la historia de la salvación: *¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia!*¹ Dios mismo ha salido en busca del hombre, del modo más sorprendente y original: haciéndose uno de nosotros, para hacernos partícipes de su vida divina, aptos para la vida eterna.

Precisamente esta afirmación hace del cristianismo *una religión única, universal y definitiva*. Ése es el tema que aborda la declaración *Dominus Iesus*². Estas dos palabras que dan inicio al documento, están tomadas de la primera carta de San Pablo a los Corintios (12, 3) y son aquellos con las que el Apóstol resume la esencia del cristianismo: *Jesús es el Señor*. Durante el transcurso del año jubilar, el Santo Padre consideró oportuno publicar este documento para invitar con fuerza a todos los cristianos a reco-

nocer plenamente el misterio de Cristo y de su revelación, frente a la presión cada vez mayor del llamado *pluralismo religioso*.

Apenas concluida la celebración jubilar, él volvió a dirigirse al mundo cristiano, con la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, en la que ofrece una reflexión acerca de los frutos producidos por el Espíritu Santo en la Iglesia a lo largo del año 2000 para plantear con renovado vigor la tarea evangelizadora de la Iglesia frente al nuevo milenio.

Una lectura atenta de los dos documentos pontificios permite descubrir una misma perspectiva cristológica de fondo: Jesucristo es el fundamento de nuestra fe; solamente en Jesucristo pueden los hombres encontrar la salvación; el cometido de la Iglesia es reflejar y hacer presente el rostro de Cristo en cada época de la historia.

EL RELATIVISMO RELIGIOSO

En el debate teológico contemporáneo y en la opinión pública en general, se va difundiendo cada vez más la idea de que todas las religiones son iguales y de que son, cada una a su manera, un camino de salvación para sus seguidores. Este marcado relativismo religioso, denunciado especialmente por la declaración *Dominus Iesus*, pone el énfasis en tres ideas principales³:

1 Carta *Novo Millennio Ineunte*, Ed. Vaticana, 6-I-2001, n. 5.

2 Publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe, Ed. Vaticana, XI-2000.

3 Cfr. Fisichella, R. "Plenitud y definitividad de la revelación de Jesucristo". *Osservatore Romano*, 13-X-00, ed. Semanal en lengua castellana, 15; Ladaria, L. "El Logos encarnado y el Espíritu Santo en la obra de la salvación", *Idem*, 29-IX-00, 7.

- a) Jesucristo Hombre es una figura histórica, particular y finita como tantas otras, que revela el misterio de Dios de manera no exclusiva sino complementaria a otras presencias salvíficas y reveladoras.
- b) Cabría afirmar una economía del Verbo Eterno, válida también fuera de la Iglesia, y sin relación con ella y, simultáneamente, una economía del Verbo Encarnado, limitada solamente a los cristianos, aunque en ella la presencia de Dios sería más plena.
- c) Es posible atribuirles a los textos sagrados de las distintas religiones el mismo carácter inspirado y revelador que posee la Sagrada Escritura para los cristianos.

Detrás de este relativismo es posible detectar algunos presupuestos de naturaleza filosófica y teológica que están en la raíz de las diferentes manifestaciones del pluralismo religioso y que podríamos brevemente enunciar así⁴:

- a) La convicción de la imposibilidad humana de aferrar o expresar completamente la verdad divina. Este presupuesto deriva de un marcado relativismo frente a la noción misma de verdad: lo que es verdad para unos no lo es para otros. No resulta admisible hoy día –afirman– aceptar la idea de una verdad absoluta, universal y vinculante.
- b) Un subjetivismo exasperado que se manifiesta en considerar la razón humana como única fuente de conocimiento, con el consiguiente rechazo a la posibilidad de una Revelación única, veritativa y salvífica.
- c) Un marcado eclecticismo que se pone de manifiesto cuando se asumen, en la cultura

y en la reflexión teológica, categorías de filosofías o sistemas religiosos, sin importar su coherencia interna o su incompatibilidad con la fe cristiana.

- d) Una tendencia al vaciamiento o reduccionismo del misterio mismo de la Encarnación del Verbo, puesta en evidencia cuando se da un rechazo, implícito o explícito, a la identificación entre la figura del Jesús histórico con la realidad misma de Dios.
- e) Una tendencia a una interpretación arbitraria de la Sagrada Escritura, por fuera de la tradición de la Iglesia.

La sustancia de los dos documentos que comentamos, aunque de distinto tenor, está en ser una explícita confesión de fe y una guía pastoral para los cristianos. Desde el punto de vista cristológico, hay que destacar tres afirmaciones esenciales e irrenunciables: (I) la revelación de Jesucristo –su vida y su palabra– es plena y definitiva; (II) él es el único salvador de la humanidad y, por tanto, debemos afirmar la unidad y universalidad de la salvación realizada mediante su vida terrena y, sobre todo, con su pasión, muerte y resurrección, y, por último, (III) por voluntad expresa de Cristo, la Iglesia fundada por Él subsiste plenamente en la Iglesia Católica.

Obviamente, esto no supone descartar sin más las otras confesiones cristianas ni las distintas religiones. La Iglesia reconoce en ellas signos y elementos de santificación y de verdad que facilitan y abren a las personas a acoger la acción salvadora de Cristo, a quien sin saber buscan y aún no conocen⁵. El diálogo con las otras religiones parte del presupuesto de que, si es auténtico, exige fidelidad a la propia identidad. Si un musulmán reconoce a Mahoma

4 Cfr. Ratzinger, J. "Contesto e significato della Dichiarazione *Dominus Iesus*", presentazione ufficiale alla sala stampa della Santa Sede. Osservatore Romano, 6-VIII-00.

5 Cfr. Decl. *Dominus Iesus*.

como profeta y un fiel hebreo acepta la Torah como palabra de Dios, ¿por qué se pretende que un cristiano no diga que Cristo es la verdad, la salvación del mundo, la plena y definitiva manifestación de Dios a los hombres?⁶

EL MISTERIO DE CRISTO, HIJO DE DIOS

Para un católico resulta lógico preguntarse quién es Jesucristo y qué es “lo propio” del Hijo de Dios, qué aspectos esenciales encierra su misterio y cómo estos aspectos afectan el misterio del hombre y su destino.

Ante todo, debemos afirmar que Jesús es la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Hijo Unigénito del Padre, eternamente engendrado por Él, y, como tal, es Persona divina. Junto con el Padre, es origen del Espíritu Santo⁷. Este aspecto del misterio de Cristo pone especialmente de relieve su filiación divina. Cristo es filialmente Persona o, en otras palabras, su personalidad es la Filiación⁸.

Cristo es, a la vez, verdadero Hombre. Como enseña el apóstol Juan, el Verbo, el Hijo Único de Dios, se hizo carne (Jn 1,14). Se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser Dios⁹: “permaneció en lo que era y asumió lo que no era”, dice la Liturgia Romana (*Id quod fuit remansit et quod non fuit assumpsit*)¹⁰.

¿Qué supone afirmar la verdadera humanidad de Jesús? Por una parte, supone la plena

realidad de su alma humana, con sus operaciones esenciales y las características de inteligencia y voluntad, y la realidad de un cuerpo humano, también perfecto y verdadero. Como relatan los Evangelios, Jesús comía, dormía, pensaba, se entristecía, se alegraba. En palabras del Concilio Vaticano II, “El Hijo de Dios[...] trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre”¹¹. La naturaleza humana de Cristo en la Encarnación ha sido asumida, no absorbida¹²; por tanto, para expresar adecuadamente el misterio hay que afirmar que Cristo no es un hombre cualquiera o una apariencia, sino que su naturaleza humana “pertenece propiamente a la persona divina del Hijo de Dios, que la ha asumido. Todo lo que es y hace en ella pertenece a ‘uno de la Trinidad’. El Hijo de Dios comunica a su humanidad su propio modo personal de existir en la Trinidad”¹³.

Además, por su filiación terrena, es hijo de María¹⁴ y primogénito “entre muchos hermanos”¹⁵: “Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”¹⁶.

Finalmente, el misterio de Jesús comprende la afirmación de su misión: Cristo es el Redentor de la Humanidad. Ha sido enviado por el Padre al mundo, “por nosotros los hombres y por nuestra salvación”¹⁷, para que vivamos por medio de Él¹⁸. Toda la vida de Cristo es misterio

6 Cfr. Contreras, D. “Cristo no es un guía espiritual más”. *Acepresa*, 134/00, 11-X-00.

7 Cfr. Símbolo Niceno-Constantinopolitano, Dz. 86 (DS 150); Catecismo de la Iglesia Católica, nn° 240-241; Jn 1, 1-2.

8 Cfr. Aranda, A. “El misterio de Cristo en el misterio de la Iglesia”. *Scripta Theologica*, 24 (1992), 954.

9 Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 470.

10 Liturgia de las Horas, antifona de Laudes, Primero de Enero.

11 Const. Past. *Gaudium et Spes*, n.22; cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n° 470.

12 *Ibidem*.

13 Catecismo de la Iglesia Católica, n° 470.

14 Cfr. Mt 13,55; Lc 1,30-31.

15 Rom 8,29; cfr. Const. past. *Gaudium et Spes*, n. 22.

16 Const. Past. *Gaudium et Spes*, 22; cfr. Hebr. 4,15.

17 Credo Niceno-constantinopolitano, en Catecismo de la Iglesia Católica, n° 456.

18 Jn 4,9.

rio de Redención y de salvación, sobre todo por su sangre derramada en la Cruz¹⁹.

HIJOS DE DIOS EN CRISTO, VOCACIÓN SUPREMA DEL HOMBRE

A la luz de estas consideraciones cristológicas, cabría hacerse una pregunta: ¿Qué es el hombre para Dios? Dios Padre ama infinitamente a su Hijo Único. ¿supone Esto que no puede amar a nadie más? No podemos no recordar un dato fundamental y es que “la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva”²⁰. Por su interioridad, es superior al universo entero²¹ y ha sido hecho “hijo en el Hijo”²². La fe nos enseña que, en Cristo, hemos sido hechos partícipes de la naturaleza divina²³ e hijos de Dios. Somos verdaderamente hermanos suyos, hijos del mismo Padre. En el Catecismo de la Iglesia Católica, recogiendo unas palabras de San Ireneo, se lee: “Tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre, al entrar en comunión con el Verbo y al re-

cibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios”²⁴.

Esta verdad sobrepasa todo lo que la mente humana pueda imaginar: ¿Qué es el hombre para Dios? Un hijo, amado con el mismo amor con el que ama a su Hijo, porque por la gracia participamos de modo inefable en el eterno nacimiento del Hijo a partir del Padre²⁵, somos injertados en su misma filiación, tal como lo afirma el Nuevo Testamento: “Mirad que amor tan grande nos ha dado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios ¡y lo somos!” (1 Jn 3).

No se trata, pues, de un título metafórico o de una ficción jurídica: la filiación divina es constitutiva y esencial del misterio cristiano, vocación suprema del hombre, por la que es hecho verdaderamente partícipe de la familia de Dios²⁶.

Con la certeza plena de estar en la verdad, Juan Pablo II nos propone a todos los fieles la invitación de Jesucristo a Pedro: *Duc in altum*, “rema mar adentro para pescar” (Lc 5, 4). Nos invita a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro²⁷, dando razón de nuestra fe en forma convincente y eficaz. Nuestro testimonio sería enormemente deficiente si no fuéramos los primeros contempladores y testigos del rostro de Cristo²⁸. ■

19 Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 517

20 Const. Past. *Gaudium et Spes*, n. 19

21 Cfr. *Ibidem*, n. 14.

22 *Ibidem*, n. 22, *in fine*.

23 Cfr. 1 Pt 2, 4.

24 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 460; cfr. 2 Pt 1, 4. 1.

25 Cfr. Juan Pablo II, alocución en Norcia (Italia), 23-III-80.

26 Cfr. Ef 2, 9.

27 Cfr. Carta *Novo millennio ineunte*, n.1.

28 *Ibidem*, n. 16.

